



La
Maldición
de Howard
Carter

II

El detritus sideral esparcido por catástrofes antiguas y reacciones termonucleares, viaja sin rumbo, elude asteroides, campos magnéticos, naves espaciales, resbala por la bóveda superficial de incontables mundos secundarios, levita junto a cometas ramosos y huracanes, cruza la cubierta terráquea, forma una amalgama de escombros y limaduras, desciende por la mesosfera donde se disgrega en una frazada de minúsculos aerolitos encendidos, parece lluvia, parece un talco tibio y ceniciento, desabrido y pocas veces fulgente.

La rareza sorprendió a la madrina en su jardín babilónico de tres climas paralelos, envuelta por el aroma denso de las rosaledas y la floricultura experimental, entre puntales y armazones y parras a punto de ceder o claudicar.

A diario le llaman madrina porque ha asistido al bautizo de todos los hijos y nietos y bisnietos de cada una de las doncellas y fámulas y asistentes en nómina, con la misma espontaneidad con que despliega la pañoleta o el chal a modo de paraguas, alzándolo sobre su cabeza y se apresura al atrio del patio. Entró con paso ligero en el ámbito del salón azul, el espacio usual para escuchar música, inspirarse, estimular su creatividad, el refugio

de los borrajeos líricos, la lectura evasiva, el dibujo lapizado y otras actividades concomitantes.

Primero revisó su peinado: una melena corta trenzada en dos mitades y recogida hacia dentro, como dos manos con múltiples dedos entrelazados, tras un flequillo recto que traslapa su frente. A continuación, a través de la cristalera contempla el incidente con arreboles apocalípticos. Por un momento se quedó a solas con su mente, conmovida, de súbito, por una sensación de hondo desamparo frente a las incongruencias del destino.

Recorre, con la parsimonia de una bisabuela, los anaqueles donde acumula una librería infinita, ojea títulos, lee: "Asisa, cuerpo y mente", deja el anuario y al doctor Sendra, repasa unas tapas de duramen, verifica las esquinas reforzadas, los remaches y bordaduras metálicas, lee con la yema de los dedos un título moldeado, una portada, traduce la tipografía orfebre, sus abultamientos o relieves, las hendiduras, el esfuerzo de algún copista que quiso hacer filigranas con latón, o expresar una experiencia estética. Durante un lapso, sin finalidad precisa ni planificación previa, la madrina se entretiene con trivialidades y laberintos teóricos, asume una búsqueda, una reflexión meditativa, un devenir, el tiempo no progresa ni gira sino que está fijo mientras todo lo demás se mueve, pasa rápido y caduca, para dejar sitio a la siguiente generación de relojes y abrir a voleo una reliquia encuadernada y darse de bruces contra el retrato de un pretendiente repeinado, halla unos pétalos inasibles

que perfumaron el cuerpo desnudo de Lucila. Abre el siguiente cofre, hay un lepidóptero laminar, un sello filatélico, mellado en sus rebordes y con la efigie intacta del aglomerante para concordias y freno a la avaricia, Felipe León de Dios, rey de oros en la baraja española, anterior o subsiguiente o simultáneo al billete sin curso legal donde aparece promocionando la aceituna sureña, no importa demasiado si fue un error o un sabotaje, pero movió la imaginación de una espectadora hacia la época en que Adalberto huía del arco iris embotellado.

La madrina funciona a impulsos del capricho, cuenta dos a la derecha, tres baldas arriba, cuatro tomos a la izquierda y extrae al fin un fetiche marcado con la impronta acarminada de un beso, que nadie reclama como suyo pero induce a pasar página, darle cuerda a los pensamientos regresivos y la tontedad de ir para atrás o poner orden a un pasado inmutable, a la pluma del arcángel en una mano servicial y el ocre aplanado por la presión, que se desmiga al intentar despegarlo del papel basto.

Según los memorialistas menos especulativos, la dama ilustrada había superado los rigores de la edad centenaria con el privilegio de conservar la apariencia de una muchacha en flor, a causa de una mutación molecular. Otros más audaces, aseguran que logró un trato ventajoso con el demonio y unos pocos atribuyen el milagro al poder irresistible que confiere el capital líquido. Desde cualquier perspectiva, es o aparenta ser apenas una colegiala, tras los frunces en la falda de internado y la mano púdica que sujeta una reminiscencia de ángeles ilusorios y

desencantos y un turbi3n de opciones sin explorar. Frota los dedos 3ndice y pulgar entre s3 para eliminar la impureza y cierra la cuesti3n mediante un moh3n de mujer bella, que frisa una imprecisi3n entre diecisiete y veintitantos a3os.

Durante el progreso an3malo de su juventud, regido por leyes ajenas a la biolog3a humana, los cronistas e historiadores, los bi3grafos, guionistas y las editoriales y los presentadores del cotilleo televisado, mencionan a la protagonista, usan sobrenombres inventados al momento, aunque uno perdur3 a pesar de su resonancia artificiosa. En s3 mismo contiene una historia completa, incluso susceptible al tratamiento musical de tenor bar3tono, seg3n mostr3 el singular Pl3cido Domingo. El apodo, alias o mote tiene su miga, surgi3 en el clima llano y sofocante de los autobuses que cubr3an la l3nea regular entre San Fernando y Chiclana, donde un cantaor gitano se ganaba las habichuelas prodigando coplas y versos espont3neos.

En esas fechas, la turista sigue una ruta gastron3mica por Espa3a. Lleg3 al sur. Se abandon3 al torbellino de una juerga flamenca, entra y sale de las casetas bulliciosas, aspira el verano ardiente, se deja cortejar mediante arrumacos y lisonjas por un novillero a punto de recibir la alternativa. Encontr3 gente amable, de trato f3cil y simpat3a generosa. Entre la muchedumbre se mov3a bajo los latidos de un sol poderoso cuya calidez llegaba sin esfuerzo a su alma, como los vinos amontillados a las copas. Vio animales hermosos, 3picos, perfectos, en el desfile del Paseo de Caballistas y Enganches,

caballos jerezanos con dinámicas majestuosas. Bailó sevillanas, entre mujeres que llevaban trajes folclóricos, salpicados por lunares rojo bandera y con vuelos de faralá sinuosa. En las barracas servían frituras de pescado y gazpachos, tortilla de patatas y pimientos fritos y boquerones en vinagre. Faltaba poco para ver torear a Manuel Díaz, a Espartaco y Jesulín de Ubrique. Durante la fiesta grande, el ambiente había logrado flechar su corazón, con caricias templadas y besos como claveles, la enceló con un olor espeso y complicado, cuyos matices cambiaban constantemente al caminar, pues era el resultado de una combinación entre innumerables fragancias que iban añadiéndose a otra esencial y huidiza, removida por la agitación popular; se sintió viva, más intensa y consciente, alterada, eso sí, por un sentimiento o una emoción, quizá múltiples sensaciones contradictorias, o una mezcla física y espiritual a la vez, un gozo súbito, perplejidad, una alegría por todo, una urgencia, la calma derrite sus reparos como una llama hace con la cera; quiere reír pero también llorar, tembló un instante, le estorbaba la ropa, su propio cuerpo, la carne, el efluvio imperceptible desde su piel, la reacción levemente humectante en su oscuridad vaginal.

En el arrebato, perdió la certeza de ser inmune a la locura, se encontró a sí misma vulnerable al dolor y la nostalgia. Supuso primero que estaba embriagada, por tanto aperitivo y su pertinente caldo de crianza, tinto, rosado, dulce, seco, hasta con burbujas, acorde a la parrillada, al jamón ibérico, el queso

manchego, las angulas en su punto picante, el lechal a la brasa. Soltó amarres sin esforzarse y reconoció la verdad simple y las contradicciones del enamoramiento abstracto.

Sin cuestionarse a sí misma, o reflexionar aparte o decir al menos esta boca es mía o si es un lobo me come, tiró del brazo de un novillero sonriente y enfiló a la parroquia más cercana. En la sacristía, encontraron a don Críspulo, un cura con melena, anorak de cuero, botas camperas y un guitarra eléctrica colgada al hombro, que celebraba las misas importantes a la intemperie, mediante conciertos solistas de rock sinfónico. Es una opción para atraer a las nuevas generaciones, argumenta cada vez que el obispo le sugiere retomar la liturgia convencional.

Ninguno reparo en la quincalla de chapas que tenía prendidas a la altura del pecho, y pegatinas con frases para ensalzar el amor, la paciencia y el arrepentimiento necesario y previo al perdón. La turista, una donante potencial con que acelerar las reformas en el templo, hizo un conato de reverencia, declinó el moscatel ofrecido y soltó por fin la brasa ardorosa de su delirio: “Padre, quiero casarme cuanto antes con el mediodía”. Don Críspulo, por sus ideas progresistas y su absoluta falta de convencionalismo pensó: "Franchutes", pero respondió: “Veré qué puedo hacer, quilla”.

No hay constancia de que llegara a formalizar la unión mediante un rito religioso o un protocolo laico, pero al regresar del primer viaje comprendió que estaba atrapada entre los cendales de una

querencia exclusiva, por cuanto que podrá admirar la luz, el color, las fragancias y sabores y fantasías en otros reinos, o países, otras provincias, sentir la tierra palpitar como un animal vivo que reclama atenciones y cuidados específicos, establecer vínculos con la buena gente, repetir sus costumbres y ceremonias, aprender el precio normal de las cosas, pero había claudicado al hechizo y desde entonces, como ahora y para siempre, solo podría amar como una mujer a un hombre al mediodía andaluz.

En síntesis, el apelativo nació en la flama de una guagua que acarrea forasteros y vecinos, recorre la provincia de sol a sol y permite a un gitano músico entretener al pasaje sobre la marcha, improvisa a petición poesía a granel, coplas, romances y chascarrillos, canta o recita con temple y buena sangre y una voz desgarrada, honda, expresiva, si menciona a una paya enamorada, dueña y dama del mediodía.

Sin ser una cuestión excepcional o preocupante, las versiones en conflicto sobre el origen del apelativo están enredadas a un nudo que se complica más conforme el investigador accede a documentación y pregunta a los testigos y coteja informes y artículos y archivos históricos. En suma, fue el resultado de una excentricidad inicial, más la prensa del cotilleo, la estrategia de un empresario editorial, la conveniencia, por enfatizar el aura literaria de la persona, darle sudor y molestias humanas al personaje abstracto y camuflar la mercadotecnia y el plan de lucro, también por un guión de cine que necesitaba ser alargado.

Definitivamente la persona quedó suplantada por el personaje, devorada por el artificio de representarse a sí misma siendo otra. En el entorno familiar, nadie la mencionaba por su nombre de pila, Beatriz, por repetición afectiva era Dulce. La costumbre empezó en su infancia, recién afianzada su capacidad ambulatoria, pero aún con dificultades para controlar la micción, aprovechó un descuido, sin vigilancia a esa hora devastada por la siesta, y salió del cuarto con sigilo de profesional delictivo, atravesó la penumbra y tuvo una contrariedad con la cortina de canutillos, resuelta sin mayores consecuencias. Ningún adulto percibió a la muñeca descalza que logró sortear las zonas expuestas, los monstruos, la galería, supo orientarse y llegar a la despensa, balanceando su pañal abultado. Inexplicablemente, pudo alcanzar el anaquel superior, donde reposaban alineados los ocho tarros enormes, de loza, tapados en la abertura con una tela recortada al mantel de cuadros granate y blancos en desuso. Ninguno de los frascos aguantó el entusiasmo arrasador de unas manos ávidas, frenéticas, que escarban y extraen la miel del interior, para lanzarla al aire, exprimir la compota, apretujarla, llenarse la boca con la golosina del dulzor intenso, hasta embarrar el ámbito circundante con un saqueo explosivo. A continuación la pequeña aventurera se sintió amenazada bajo un chorro ambarino de esencias libadas en La Alcarria, que caen desde los panales volcados y resbalan por sobre las baldas y encharcaron el suelo. Confusa, restregándose los ojos, perdida en los peligros resbaladizos de la fresquera, decidió alejarse por

una puerta entornada, y desembocó en el patio trasero, ajena a los grumos de melaza que delatarían a la intrépida rebelde.

Antes de terminar la siesta, Lucrecia advirtió la ausencia de su hija Beatriz. A gritos, alertó a los familiares e iniciaron una búsqueda confusa. El marido, un hombre poco dado a la expresión verbal, la cogió del brazo para inducirle a seguir un rastro de migas que se perdía ante el huerto limonero. La vieron asomarse por detrás de una higuera, donde permanecía acurrucada, pringosa y fulgente, sitiada por una marabunta de hormigas ilusorias, a punto de iniciar el asalto hacia su cuerpo trémulo y azucarado.

En los años subsiguientes, el sabor y la consistencia soluble de la miel engullida hasta el empacho volvían a su memoria. Lucrecia pensó ponerle compresas calientes sobre el vientre, para aliviarle los retortijones, Desiderio pretendía encontrarle un sentido premonitorio al suceso y abrió al azar una biblia latina. Resumiendo las consecuencias, el atracón la dejó incapacitada para ver, oler o meramente evocar aquella sustancia sin sentir un calambre en las tripas y un amago de náusea.

Por esa aversión, tuvo que hacer un esfuerzo para timonear sus pensamientos y encajar en un presente sin sugerencias. No antes ni después, escuchó el teléfono vibrar y a continuación sonó un piano antiguo, bucólico, melodioso, Liszt anuncia a Blesila. La facilidad de anticipar una parte del futuro mediante el recurso simple de asociar un acorde a cada amiga, la entretuvo en el paseo hasta el celular.

Las generaciones se suceden e imbrican como las estaciones anuales. La última réplica genealógica de su difunta amiga Blesila, había heredado el carácter turbulento y las ambiciones desmesuradas de la abuela, también el nombre.

- ¡Qué tormenta surrealista! ¿No?

Su voz es aguda y aniñada.

- No tanto, parece lo mismo de Java, un volcán sorprendió a todos, estaba con Lucila, dijo pies para qué os quiero, echamos a correr al puerto, pudimos embarcar. Fue sobrecogedor, había arena ardiente por el aire.

- Matías en el telediario dijo que los flashes del principio son antiguas supernovas. El astronauta éste... el Pedro Duque explicó algo sobre el hidrógeno o no sé qué, se agota y ¡bum! adiós estrellita.

- Hoy -por ayer- y la casa sin barrer, se hartaron de no servir para nada, dijo la señora, uniendo la broma al reproche, mientras repasa su cabello teñido con el matiz del oro viejo.

- Ese hollín que parece espolvoreado por efectos especiales...no dan explicaciones. Salió la jerifalte de no sé qué, hizo un comentario escueto, dijo con que veremos a ver, esta casuística será tratada como Dios manda en la próxima reunión ministerial, dio cifras porcentuales, comparativas, etcétera...¡Ja! Otra vez el gobierno y sus marrullerías, cariño.

No, la cosa parece seria, cielo, al menos siempre escampará, sentenció a Blesila, dando a entender que la paciencia vale como recurso contra la adversidad. Se despidieron hasta la cita del viernes, cuya renovación era tácita desde varios años antes, un encuentro habitual sin pretensiones, orientado a compartir cercanía, charlar y dejarse mover por el mecanismo incesante de lo cotidiano.

En el minuto siguiente recibe otra llamada, Schubert en este contexto identifica a Niceta. Es una mujer cuyo legado genético le impuso simplicidad de carácter, rasgos nórdicos y la rémora ancestral del infortunio. Apenas puede reprimir la confusión emocional, casi farfulla: “¿Sabes la que está cayendo?”. Sí, obviamente, cómo no enterarse. “La gente se monta películas, que si el fin del mundo, que si los extraterrestres, que si esto o lo otro, da miedo mi amor”. Habla deprisa, como si todas las frases fueran una sola palabra, aparte, la acústica que oye en el auricular se distorsiona, quizá por interferencias eléctricas, fallos magnéticos o saturación del cableado. A nivel subjetivo, la voz parece venir del fondo de una dimensión paralela.

La dama neutralizó el alarmismo, el tono dramático y la angustia nerviosa de Niceta, dijo: “San Pedro mandó deshollinar los cielos al cabrón de Salvio Morales, fijo...”. Aunque le siguió un destello nihilista y para sus adentros preguntó qué poder minimamente coherente hay tras este berenjenal en progreso, sin origen cierto, fundamentación expresa ni garantía implícita,

ni otra certidumbre que la muerte emperrada, el precio del poder y de la luz y la problemática anexa a los recursos naturales.

La señora oye el efecto terapéutico conseguido en Niceta, su risa dolida, de resignación revuelta con esperanza, oye un cruce ininteligible, deformado por el ruido parasitario o los espectros alámbricos; al final lo único claro fue la cita automática de cada viernes a la hora del café, como en una época anterior había hecho con la madre de Niceta, y más atrás con la abuela homónima, a quien asociaba con el barrio de su niñez y el paseo a la catequesis.

La conversación no aportó novedades o información fresca a ninguna de las dos, pues los vínculos afectivos, la amistad, el amor sentimental, necesitan nutrirse, día sí y al otro también, ratificar que sigue ahí, que no hubo abandono, saber más de su niña, saber todo del novio, pedir perdón a Isabel, perdonar al marido pródigo, aunque sea a distancia. Hay un intercambio de besos onomatopéyicos y cada una vuelve a sus circunstancias, a su círculo, rutinario o imprevisible.

Atardece, una luz sombría se filtra desde fuera, atraviesa el pórtico, las cerraduras, como un humor que impregna la materia, susurra anhelos a la piel fatigada, lastra el ánimo, quizás sea una fluctuación hormonal, un pico inverso de glucosa. Químicamente atribulada, desconectó teléfonos y televisores, cerró la gaveta de la correspondencia atrasada, apagó los artilugios con pantalla y teclado, apestilló la entrada a las rarezas y rebuscamientos, con el mandato explícito de que no

estoy para nadie, repito, no recibo a nadie. Empero, al momento se contradijo y revocó la orden reciente, “me parezco cada vez más a los electoralistas”, suspiró, sin importarle la costumbre nacional de quejarse por todo y continuamente de los males propios y ajenos, atribuibles, por descontado, a la desidia o pereza, a la arrogancia o avaricia de la clase política y el estamento funcionarial.

La lluvia simple de polvo germinal y briznas cometarias, persevera sin cambios ni contención, va dejando un sedimento con sus cenizas de chimenea, aparte entretiene, tapiza la góndola de las campánulas e invade las corolas a los tulipanes tardíos, entorpece el vuelo a las golondrinas y otras aves que buscan morada, inspiran a la espectadora un enfoque filosófico o una tendencia al descreimiento, a la actitud teatral y el pañuelo mejicano anudado bajo el mentón, mira la cristalera para ver su propio reflejo, las gafas grandes y oscuras de actriz pública, o de viuda en un duelo íntimo y recurrente. Había encajado el volumen en el hueco libre del estante y se quedó un momento a la deriva, convencida de haber experimentado la misma tormenta, el mismo hastío, la paradoja de ir aprisa por un círculo perfecto que no conduce al futuro, sino a un pretérito calcado del anterior.

Hace un gesto en el aire y dibuja un anillo invisible, como exponiendo a un tribunal sus conclusiones, abandona las reflexiones ociosas, el aislamiento meditativo, atraída por los límites y recovecos sin explorar de la mansión, los ruidos

amortiguados alrededor suyo, regresa a las siete de la tarde y al final apocalíptico pendiente de revisión, conviene aplazar toda obra grandiosa hasta el siglo entrante o cuanto antes si se agotara el confeti. Punto acápite. Pintaré un mural, claro que sí, podrá ser visto desde otros planetas, se acabó pensar como los pobres.

Todo cambia, pero sigue siendo más de lo mismo. Le asombra esta capacidad repentina para la síntesis expresada en palabras. Repasa los flecos sueltos y los asuntos inconclusos, los proyectos a medio perfilar o parcialmente abocetados, le estorban las ideas inútiles o deshilvanadas, lastran la coherencia de su pensamiento ejecutivo. Pasea o marcha lenta, segura en el blindaje doméstico, entra a otra sala enorme, recargada por aderezos decorativos y mobiliario, por recuerdos artificiales colgados en las paredes, son muchos, una rendición donde jamás estuvo, poses aristocráticas frente a un pintor que nunca conoció, un fusilamiento eternizado cuyo usufructo le disputan los museos nacionales. Quizás sobra la armadura completa del guerrero medieval, la luminotecnia alegre, la gramola aparatosa y el armatoste que al tocarlo replica siete sonos escalados con el sonido ilusorio de una lira armónica. Da once pasos, se detiene, endereza un cuadro, observa desde tres perspectivas distintas la misma pintura, sin poder situar la anomalía que le transmite.

Era un retrato enmarcado con madera cosmética, era un estilo artístico inventado sobre la marcha, un torzal de surcos y torcimientos indetectables a simple vista, en suma, nada justifica

esa sensación de vértigo que padece, como si lo viera desde una azotea abierta. Buscó mentalmente un vocablo para expresar que una persona o un objeto está en un sitio diferente al que le corresponde, consultó a la máquina parlante de las respuestas, oyó: “Heterotopia”, pero se guardó la duda porque no acostumbra a complicarse con soluciones más problemáticas aún que la misma cuestión a resolver, desconectó al sabelotodo y ensayó nuevos enfoques frente al cuadro, como si mirase a través de un telescopio o una lupa, ratifica la sustancia decrepita, los álveos estriados sobre la bailarina, las arrugas atraviesan una postura forzada, unos brazos verticales y atrasados a la referencia perpendicular con su cabeza altiva y apoteósica, por esas ráfagas de la ovación final, son alevillas comunes y otras metáforas, puestas aquí y aquí, sobre la postura de una pierna extendida hacia atrás como un alerón, mientras doblega la otra para darle equilibrio a la estampa de arco triunfal y diva gloriosa. Priscila, había permitido que la amiga la retratase a su antojo, abstrayendo imperfecciones y cualquier defecto natural o adquirido, así, pues, no está embutida en una malla de ballet, que comprime las ondulaciones adiposas bajo el tutú; tampoco el edema hincha sus pies y no ha empezado a descoser las zapatillas de punteras cuadradas.

Con la chispa alucinada del recuerdo, la escena adquiere movimiento, calidez, luminosidad, oye la risa estruendosa de la amiga, y su ruego por la Virgen Santísima y todos los clavos de Cristo, artista dame un respiro que me duelen las corvas, y el

pincel se detuvo en el halo de unas candilejas que alguna vez servirán para aluzar la memoria.

III

El dolor en la nuca la reconcilió con su devenir histórico. A rachas padece un dolor súbito, duro, seco; un garrotazo, por abreviar mediante sus comparaciones, anuncia los infiernos acumulativos dentro del otro infierno de andar por casa; una mutación salvaje de la jaqueca, la migraña, la neuralgia o todo a la vez; trae un presente que ocurre apelmazado, sempiterno, intenso, maligno. Cae recostada en el regazo del diván, aspira el vaho mentolado del último remedio adormecedor, el silencio analgésico, la penumbra sin porvenir; protegida por conjuros químicos y amuletos fallidos, hasta el instante en que la ruleta del azar gira a su favor, detiene el martilleo subjetivo y al menos por esa vez la cefalea no será diferente a una molestia episódica con sabor metálico.

Antes de salir hacia la siguiente estancia, gabinete, hall, habitación de curiosidades, pinacoteca, anfiteatro, museo doméstico o lo que encuentre primero durante su paseo guiado por el aburrimiento, detectó una telaraña incipiente en el umbral de la salida. No pudo esperar a la gobernanta, no esperó a los celadores ni al escolta, sino que arrolló un tríptico y dio un golpe blando de celulosa a la malla, superando su aversión al trabajo manual, a las impurezas ambientales y los especímenes venenosos.

Superada la contingencia, transforma la afectación por un gesto calculador y desecha una eventual detracción salarial en la nómina de los operarios. Sigue por la galería enmoquetada, llevando a cuestras un absurdo remordimiento, sin detenerse en cada uno de los ventanales consecutivos, porque verá siempre la misma ceniza crepuscular, su hacienda atorada en la vasta extensión del artificio, el arbolado perpetuo y la cordillera al fondo, levantada por escenógrafos para ahorrarle la monotonía de los músicos ambulantes y los campamentos activistas acuartelados a las afueras que ya cansan, había dicho, tercer sexo, igualdad dentro de lo diverso, derecho a ser ciborg, a llevar tetas y bigote, a la privacidad cuando se callejea por el barrio latino; divaga, nunca llueve a gusto de todos, divaga sobre héroes y tumbas, sospecha que un acto, todos los actos, cualquier acto insignificante no lo es tanto, consigue desencadenar una cascada de ramificaciones y efectos secundarios, carambolas, retardos y sinergias; por esa lógica y un reproche pueril traza una conexión fatídica entre la araña que mató y algún hombre del futuro. Es un conductor, se ha incorporado tras una siesta de emergencia en carretera, retoma la conducción manual, gobierna su berlina, ahora mando yo, grita, embriagado por el libre albedrío. Llama maldito lepidóptero a una mariposa que entra al habitáculo y revolotea ante sus narices. Da un manotazo pero ni le roza, además, al estirar el brazo, ladea el cuerpo y desequilibra la postura, por consiguiente, apoya un pie campero en el acelerador y verá la

floritura de colores difuminados en una reverberación de adioses y la curva siniestra donde derrapa, va pensando no si aún llegaré tarde. Morirá a continuación estrellado contra un destino que no le correspondía, confundido mucho antes por la celulosa que borra una imperfección de sedas radiales, un eclosionar de engranajes y resortes evolutivos, un insecto trivial, pero conectado a la importancia de balancear las excentricidades futuras del infortunio.

La madrina senil olvida las consecuencias reveladas por una intuición ociosa, tampoco ve la manera de convertirlas en un cuadro memorable. Ha dejado atrás a Priscila, la amiga obesa y feliz y triste cuya presencia salió del retrato para acompañarla un trecho, mientras en lo espiritual, por dentro, la dama tantea el primer hilo suelto en el ñandutí de acontecimientos que se enredan y rompen y vuelven a juntarse, como las figuraciones trazadas con el vuelo de las golondrinas o el lenguaje peruano de los anudamientos, cuyo tránsito ocurre paralelo a la superficie de la memoria histórica y a su reverso, al ajeteo subterráneo de las termitas y los olvidos voraces por entre los armazones de las maderas, unidos al tamo o la guata en las escarpas, a los goznes y la herrumbre que devora el metal de los aldabones, y las celosías cerradas que nadie sabe a ciencia cierta cuándo ni por quién se abrieron la última vez, ni consta en qué época fueron encendidos los interruptores que hacen circular la corriente eléctrica hasta el bastión de los arcones frigoríficos.

Son doce muebles industriales, disonantes a un entorno de luces palaciegas y decorados clásicos y penumbras expresivas, incluso, parecen puestos allí por alguna mudanza urgente, con su propio ámbito esterilizado, sólido y fungible. Están repartidos a los lados de un mostrador, en el vestíbulo donde reaniman los libros congelados, y se accede a la estancia bibliófila, entre operarios, supervisores, Fred, el recepcionista con tres carreras universitarias que guía a los camareros y organiza las remesas según un protocolo de conservación basado en el frío extremo. El remedio funciona bien contra la carcinoma y otras larvas que dejaron el diccionario convertido en un mazapán deleznable que se pulverizó entre los dedos de una lectora avarienta. Guarda incunables, enciclopedias prohibidas, manuales para comprender otros manuales y prontuarios atómicos, en especial, atesora información, según sus palabras, el conocimiento no ocupa lugar, claro que no, excepto si tienes el genoma humano entero, de la a a la zeta, en cien tomos cifrados por lotes isotérmicos.

Saluda a Fred, el mayordomo bibliotecario, de manos enguantadas y porte sanitario, que seca la humedad y pincela la escarcha a unos dibujos renacentistas atribuidos a Leonardo di Caprio, acaparados tras un duelo vertiginosos de pujas y réplicas por la gracia dineraria y el derroche del capricho, durante una subasta restringida contra el filántropo, humanista y tecnócrata, sir William Bill Gates III. La maga ilustrada no se entretiene en

abrir o mandar abrir los congeladores, ni solicita una novela o pide al locutor que vaya directamente a la última página, para ver la cara de monos que se les pone a los antagonistas cuando admiten la realidad bajo las naves venusianas y la invasión militar que está ocurriendo a la intemperie mientras la retransmiten por radio y televisión.

El encuentro casual con personas laboriosas, el trato cordial y la atención de Fred, en suma, el flujo de la normalidad interrumpe el diálogo consigo misma, asume que morirá, que está sola en el universo, acepta su índole terrenal, los múltiples asuntos pendientes, la plenitud curiosa de Blesila. Hace una anotación rápida en una agenda, con un lápiz que permite la orientación vertical y satisface por lo tanto su pragmatismo o esa manía de simplificar la vida corriente mientras subraya la cita con una amiga. Blesila ha cumplido veinte y pocos años, lleva en las entrañas la inteligencia de la madre y el vicio de imponer su parecer a los demás, como la abuela; una suerte de soberbia por la que necesita dejar claro la estulticia o la simple subnormalidad de quienes no opinen como ella.

Esta tendencia a los litigios basados en conceptos abarca casi cualquier materia, la política, lo religioso, el precio del bonobús, cuestiones públicas o de alcance privado, las que circulan por los foros, entre colegas, los temas del día en los mentideros telemáticos, las charlas de familia, la temática tratada entre amigas y conocidos. Abreviando, vive en una discusión continua, enriquecedora para sí misma, didáctica para sus

interlocutores, aunque mantiene la frialdad, el distanciamiento cortés, tampoco confunde la libertad de expresión con la malicia vejatoria o la voluntad injuriosa.

Suele corregir a economistas, matemáticos, biólogos, catedráticos, porteras de escalera, testigos oculares, médicas, a la población, al periódico populista. Empieza el razonamiento con un perdona, tienes un error limitante, después no se calla una, rebate asuntos globales, la situación geopolítica, el progreso, plantea soluciones a la recesión o las guerras, zanja problemas de Estado, crisis migratorias, olas de calor, paradojas cuánticas, discrepa sobre si Cataluña es un país de mierda, y apenas logra aislar las respuestas bajo la avalancha de mensajes que sustituyen a los anteriores en la pizarra digital. Erika está concienciada. Hijoputa explica la ética hacker. Hombre-Duro quiere legalizar los duelos de honor. Flacucha decide sobre su propio cuerpo y lo que haya dentro. Cirugía-Estética a favor de una mejora masiva de la fotogenia para la población vulnerable. Bombonera-16 necesita abortar gratis y sin permiso. Furious rechaza la última Coca Cola Zero, nada que ver con la insuperable versión anterior. Piolín se caga en los muertos del antidisturbios ese que le sacó un ojo a su prima. Migusta vuelve a los temas serios y asegura que todos somos Cataluña cuando aporrean a civiles pacíficos e indefensos.

La fascinación de Blesila por la retórica, su capacidad persuasiva, contradecir a todo el mundo y salirse con la suya, son parte de su carga genética, como su voluntad acerada o la

manera de transmitir afecto y extender el alma ante la dama pictórica, que no recuerda el contexto de la conversación, ni cómo se quedó miramente fijamente a Blesila mientras le contaba su estreno como abogada durante un juicio de puertas abiertas. Había preparado la actuación el día anterior frente a un espejo de cuerpo entero y un magnetofón, a propósito de la inocencia relativa que argumento a las señoras y señores del jurado popular, no se trata de ganar un caso o encarecer la minuta, más allá de toda duda razonable, defendiendo la verdad, únicamente la verdad. Conforme al fiscal, mi representado don Caspio Villena apuñaló a su esposa, doña Filomena Braga, causándole heridas incompatibles con la vida. El dictamen forense afirma que el acusado presentaba altas concentraciones de alcohol en sangre, y cito literalmente, lo raro es que no cayera en un coma etílico, sea como fuere, mezcló bebidas, mientras emparejaba la correspondencia, especialmente deudas tributarias, multas de tráfico, una providencia de embargo, facturas atrasadas, unos recibos devueltos, una resolución hipotecaria; recapitulando, era un empresario arruinado, mal bebedor desde luego, pero también padre paciente, trabajador honrado, ciudadano ejemplar, promotor de causas sociales y obras benéficas, luego así, resulta difícil atribuirle intencionalidad, no hay premeditación, no hubo ensañamiento ni alevosía. Dicho de otra manera, fue un acto súbito, una reacción contra la víctima, su esposa le había dicho: "Eres muy seco con la clientela, a tomar por culo, yo me piro". El acusado blandió

un cuchillo admonitorio y durante el forcejeó lo clavo por accidente en el corazón de su víctima. A lo que íbamos, una prueba de inocencia. Mencioné el cuchillo con que destaza la carne en su charcutería, me aclaro a continuación. Son ustedes hábiles artesanos, listos ingenieros, eficientes mecánicos, prestigiosos arquitectos o tipógrafos; ahora sustituyen a la magistratura y asumen su potestad de juzgar, fueron seleccionados por sorteo, ejercen un derecho remunerado, y llegarán a un veredicto según su conciencia y buena fe. A propósito de su actividad laboral, sea un oficio, un arte o una aventura como autónomos, aman su trabajo y lo que producen, no me refiero al lucro mercantil. Mi pregunta es: ¿Sirve la misma herramienta que lleva sustento y bienestar a un hogar para cometer un crimen atroz?

Caspio Villena obtuvo una sentencia absolutoria para el cargo de asesinato y una condena más benigna por homicidio.

El primer caso de Blesila frente al jurado popular estaba ganado de antemano, reconoce, pero la victoria le hizo vislumbrar una frase que sería su lema vital: "La retórica mueve el mundo". Estuvo meses practicando frente al espejo del dormitorio, inventaba los debates, las arengas, vigilando los signos de la mentira en su rostro, la verborrea del lenguaje gestual, miraba a una abogada primeriza pedir la absolución para Jack el Destripador, convencer es vencer por medios pacíficos, según su terminología, toda virtud, cualquier excelencia, requiere entrenamiento, un trabajo duro, contagió a las amigas con su

apetito por el conocimiento, el aglomerante básico de la inteligencia, repitiendo las inquietudes de la madre, y de la mujer anterior que discutía a gritos en el mercado de baratijas y organizaba protestas frente al consistorio exigiendo una escuela donde las niñas aprendieran a leer y escribir.

La idea de reunir todo el conocimiento humano en una biblioteca había arraigado en Beatriz como una de tantas pretensiones obsesivas y difícilmente realizables, aunque antaño no la solucionó mediante un conglomerado de empresas y fundaciones y rastreadores que anticipaban los movimientos del arte robado por los circuitos clandestinos, en busca de grimorios y códices, ni le importaba confundir las palabras y llamar reaccionaria a Blesila creyendo que significaba lo contrario de conservadora. Solo cuando la amiga le dijo: "Tienes un error de conceptos, querida...", asumió el desnivel que hay entre saber algo y creer saberlo, miraba con humildad la atalaya donde se movía la letrada, a dos palmos por encima de los demás, excepto presidentes de tribunal y premios Smith.

Por el lado negativo, aquel talento para la dialéctica, su retentiva, la facilidad con que introduce latinismos en sus frases o cita a los autores clásicos, en suma, su bagaje cultural y un conocimiento profundo de las leyes confirman su talante objetivo y cerebral. Esta mentalidad, aparte funciona de contrapeso a la imaginación emotiva de las amigas durante las reuniones comunes. Ninguna del círculo repara en los defectos y manías de las personas a quienes aman e idealizan, ni Blesila se

ofende al notar que su madrina acaba de pincharle con los alfileres de la ironía, aconsejándole dejar el café o mencionando que la muñeca incluye baterías inagotables, marca Elon Musk.

Es verdad que algunos días la abogada de casos difíciles parece reprimir a duras penas una energía excedente, un azogue, una urgencia contenida que le impulsa a descruzar las piernas, levantarse con brusquedad, sonreír, hace un gesto teatral y concede el turno a su interlocutora. Otras veces la delata el tamborileo de sus uñas contra la mesa acristalada, radiando una serenidad nerviosa, como la de quien espera un tren rezagado, parpadea mucho, apretando los párpados con fuerza, resopla y transpira lo suficiente para humedecer una frente amplia.

En resumen, anda y respira y habla como una mala actriz, con movimientos rígidos y conscientes, cuyas reacciones responden al estímulo de la corriente eléctrica o la dinamo o lo que fuera que tuviese bajo el traje pulcro de ejecutiva. Lleva el pelo corto para poder salir a cualquier hora a requerimiento del juzgado de guardia, o tal vez porque no es una simple maquinaria biológica o una autómatas y la peluquería supone perder un tiempo necesario para aplacar una curiosidad recursiva, que nace desde el principio con cada lección aprendida, una necesidad orgánica por comprender la verdad, que apacigua y enardece a partes iguales, reteniendo mementos de jurisprudencia y doctrina consolidada en todas las ramas del derecho, memorizó códigos y compilaciones legislativas, entre medias, lee literatura científica y enciclopedias exhaustivas.

El buen aprovechamiento del estudio no evitó las misérrimas cuentas que cobraba por el turno de oficio, ni las continuas promociones de recién licenciados o graduados o como quiera que llamen en el futuro a esa masa de competidores y despachos profesionales que reparten la clientela. Otrora necesitó trampear para mantenerse a flote, tras consumir los ahorros y una línea de crédito, apenas ingresaba lo suficiente para responder del alquiler, más recibos e impuestos, las tasas y los gastos corrientes. La abogada se hartó de las limitaciones y estrecheces que impone el mercado de la demanda y otra mañana rellenó un formulario para inscribirse en unas pruebas selectivas. Obtuvo, a la primera, la mejor nota entre las tres mejores notas históricas de las oposiciones a la abogacía gubernamental. Desde entonces, la erudita pensó con soberbia que era infalible, por esa facilidad cronometrada para extraer de su memoria y poner en orden las ideas, y a continuación expresarlas a una velocidad de dicción irritante.

Durante las tertulias o las reuniones de recreo, Beatriz, Blesila y las amigas conviven sin diferencias intelectuales, verifican que siguen atraídas por el reflejo de sí mismas apreciado en las demás, se destraban, ríen, hablan sin eufemismos ni rebuscamiento. Aprendieron a sintonizar sus almas vibrantes con un estilo espontáneo, evadidas al menos por unas horas de los presupuestos diarios y la congoja, como adolescentes que dejan su cuarto para entrevistarse con un mundo ingenuo y

bullicioso, abandonan el tempo al que sucede lo cotidiano, coinciden en salir a medianoche, irán a un tablao flamenco, por ahora apuran la plenitud del bienestar compartido, beben licor de fantasía o infusiones aromáticas, intercambian confidencias y en ocasiones, pocas veces, unas lloran sobre el hombro de las otras, por algún desengaño, una mentira infiel, un novio marchito, por las aspiraciones estrelladas de actriz, astronauta, o futbolista, oyen un canción traducida de Bob Dylan, las recoge en un silencio repentino, mientras hablan entonces para deshacer con la música, o la literatura desgarrada, el nudo íntimo que las inquieta. Así, pues, la cita semanal les permite estañar los vínculos invisibles cuya aleación es más profunda y resistente a la mezquindad que otras aplicadas por cada una de las amigas con sus maridos, novios o amantes.

Dulce, o Beatriz o la dama a secas, se puso en pie durante la última velada en su mansión, chocó dos veces la palma de las manos con blandura, atended por favor, niñas, quiero mostraros mi última obra. He conseguido colorear partes del espíritu, o su espejismo, con franqueza, me dije nada de zarandajas alegóricas, esto no es para críticos sesudos. Aviso: el cuadro se ofrece tal cual, sin garantía de ningún tipo, no incluye la promesa de experiencias sublimes o algún mensaje revelador entre líneas, tampoco pretendí aclararle el sentido a esta existencia, o a la siguiente..., bromeo, obviamente intentaba decir otra cosa. En fin, según la máquina parlante y sus reseñas a granel, lo importante aquí son los trazos simples, partir de

siete colores y verificar cómo la totalidad narrativa surge sin tanto arcoíris infinito. ¡Ea!

Enseñaba una tela que claramente hacía irrefutable la teoría expuesta, enmarcada según una proporción matemática entre unos bordes prominentes de aspecto vidriado. En el futuro cambiará el marco por otros muchos provisorios, traslúcidos, opalescentes, de bronce, de plexiglás, futuristas, con sensores de presencia o entre un resbalar de aguas acristaladas. Otro mes quitó uno de madera fuerte que era como una trenza húmeda y dejó la tela sin enmarcar.

La dama pictórica, suele mostrarse impaciente a la hora de exhibir una primera versión de sus creaciones, por eso casi arrebató el objeto de entre los guantes del ordenanza, convocado mediante un tintineo de campanillas. Entró y recorrió la sala con andares fingidos, de robot, sin doblar las rodillas ni desdoblar los brazos biónicos, mientras transporta el óleo. Conforme al personaje contractual alquilado a la agencia en la que trabaja, moverá su desnudez bajo el atavío de una pajarita al cuello y un delantal exiguo. Solo cuando se aproxima, debe anunciar: “Obra nueva: Bailarina sobre fondo caleidoscópico...”, se detuvo, inquirió: “¿o era estrambótico? Sorry...”

La señora ordenó: “Cambio de tercio, señor ciborg”, dando a entender que nadie esperaba a un Antonio Banderas. Punto acápite. El mancebo entregó el cuadro y se dispuso a salir sin nuevos alardes memorísticos. Al volverse un primer plano de sus posaderas inició un estallido de risa contagiosa, las invitadas

sueltan lastre y adelantan sin pudor sus ganas de jolgorio. Todas han perdido el hilo académico y lamen con la vista el cuerpo esculpido mediante el cincel de las repeticiones culturistas. La más resuelta se levantó, entre pícara y jocosa, o provocativa y espontánea, le propinó un cachete en los glúteos, después corrió a sentarse con aire ingenuo.

El ambiente estructurado hasta un minuto antes se convirtió en una algazara de verbena, las mujeres silban, ríen a carcajadas, sueltan los toros de las emociones curativas, más piropos o propuestas obscenas, con bailoteos y chillidos guturales, que dejaron afónica a Niceta. "Chicas, en el postre volverá Simón" , amonestó con blandura la dueña, pero necesitó esperar un rato más hasta que se dispersara en el ambiente las últimas trazas de colonia del animador.

Solo cuando la velada recupera su ritmo dialogado, Dulce está de pie y menciona la técnica que ha estado ensayando, las veladuras o capas superpuestas de un tal Rembrandt, un flamenco listo de cojones, dice, entre humilde y altiva, según su mirada regia y el gesto llano de la sonrisa coloquial, estira hacia arriba los brazos, como si mostrase una pancarta, hace un movimiento oscilante, deliberado y lento, permite que el auditorio aprecie los kilates de su talento, significa: "Admiradme, soy excepcional".

Era la presunción de una madre primeriza mostrando su extraordinario bebé, que aflora únicamente frente a sus amigas y durante el intervalo de las presentaciones domésticas, después,

a solas con su alumbramiento, ve detalles y sinergias e imperfecciones que la llevan al descreimiento y convierte el producto grandioso en un boceto eterno, sometido a un sinfín de retoques, añadidos, borrados y refinamientos sucesivos, cuyo remate, en todo caso, nunca reflejará la pretensión embrionaria.

Durante cualquier tertulia inaugural, por costumbre, necesita oír las valoraciones y sugerencias de las invitadas, que miraron fijamente el retrato, en silencio, con actitud circunspecta, relegan a Simón, el Guapo, a la categoría de las expectativas hedonistas, ponen orden sus pensamientos y van hablando sin interrumpirse, la crítica suele condensarse en un “me gusta, es muy bonito”. Blesila, mujer erudita, mujer de mundo, mujer elocuente, dijo: “Un momento...”. Hace una pausa estratégica y clavó en las circunstantes su sentencia lapidaria, articulada como si fuera una evidencia tan simple que cuestionaba la inteligencia de las demás: "Es una metáfora sobre la mediocridad”.

Niceta, aunque espabilada para resolver cuestiones prácticas, no había rebasado el último curso de la educación primaria y se quedó pensando qué podría significar la palabra metáfora. La señora mantuvo la intriga y se entretuvo en pedir una ronda, más licor de hierbas y vasos pequeños escarchados, añade moscatel y bocados culinarios cuyo interior podría esconder un diamante o una pepita de oro. Previene a las amigas sobre tal eventualidad y aconseja una masticación a la defensiva, Niceta y Blesila al unísono proponen un brindis, de modo que las tertulianas se

levantan y entrechocan los vidrios del afecto, por nosotras, apuran el aperitivo y vuelven a los asientos de felpa escarlata, atentas al relato literario que las convierte en musas coloquiales, aureoladas por la voz de la emperatriz artífice y la idealidad del mundo donde existió una vez Priscila, la diva rutilante, la bailarina etérea, la que eludía su condición terrestre para gravitar por sobre las leyes físicas.

La prensa nunca mencionó el trabajo arduo, la disciplina férrea, las dietas espartanas, ni los horarios rígidos que había seguido desde la pubertad, para depurar la técnica, pulir el instinto y favorecer la apariencia natural del artificio. Pude verla en la compañía nacional de danza, durante la barahúnda del ensayo general para la ceremonia prevista para recibir a un Papa cristiano. Desde el anfiteatro ví a todos los partiquinos y danzarines dando trompicones por los nervios, pero Priscila, la protagonista por antonomasia, continuaba ajena a las fluctuaciones del entorno, inventando paraísos o islas o epifanías en el ámbito de su presencia, plegarias y criaturas vegetales y sugerencias encadenadas por la chispa al acero y los astrágalos entre las manos expresivas y los basamentos de las piernas elevadas sobre las hiedras líricas, donde gira y moldea o siluetea cornisamentos, añade frisos de acanto, capiteles coronados y volutas y obeliscos quiméricos, que terminaron desmoronados por el envite de la suerte mezuquina, en concreto, golpeó duro contra su glándula tiroides.

La primera consecuencia fue un desajuste hormonal, enseguida aportó volumen a la espiga, unos kilos, cada día acumulaba más peso del que lograba desprenderse. El día que posó para el retrato, la obesidad mórbida había ganado y Priscila era una mujer paquidérmica con dificultades ambulatorias. No pudo sorprender al mundo durante aquella bienvenida apoteósica, si no que la despidieron y los primeros meses malgastó sus ahorros con dietas milagrosas y métodos de adelgazamiento sin eficacia y más adelante, con el humor atribulado y la economía malparada, tuvo que aceptar un empleo a tiempo parcial de costurera, para zurcir los mismos atuendos con los que antaño la entronizaron en la leyenda del hada de los movimientos.

Día tras día durante todos los días del resto de su vida soportó a desgana el suplicio de llevar encima una frazada sebosa que le entorpecía los actos elementales. Mantuvo intacta, eso sí, la tozudez de recuperar sus medidas anteriores, y continuó machacándose con el ejercicio y la danza, aunque nunca podría convencer a su público de que la gracia no está en las carnes sino en el movimiento. Un sábado, llegó a la ciudad el un circo desde Tasmania. En el pase de las cuatro, un tigre manso, que sabía hacer genuflexiones y acrobacias al restallar un látigo, recuperó sus instintos atávicos y saltó a las gradas, convertido en un demonio de cuchillas vertiginosas y quijadas titánicas, entre la desbandada de una multitud disgregada en turbas menores al paso del proyectil atigrado, que reclamaba su reino mediante zarpazos acerados y dentelladas raudas. Solo cuando

la carpa se vació, un payaso narigudo hizo el amago de iniciar el recuento de heridos, pero encontró únicamente a un peluche grande y cansado de orejas gachas, que no había causado siquiera un rasguño entre la clientela despavorida.

Paralelo en el tiempo, había una bayadera intentando una cabriola clásica pero acabó en el suelo, desparramada como una manatí sin encontrar asideros para enderezarse y agonizando bajo el lastre de su propio cuerpo. Habíamos acordado que pasaría a recogerla e ir juntas a conocer las extravagancias, la musculatura, las rarezas y los records de las gentes del circo. A la hora convenida pulsé el timbre como siempre según acordamos, dos toques breves y uno largo; nadie contestó al interfono. Subí hasta el piso y frente a la puerta percibí la fatiga de su respiración asmática y el hilo elíptico que suplicaba ayuda. Descerrajamos la entrada y fue necesario el concurso sincronizado de cuatro hombres para voltearla. Tenía el rostro y los labios amoratados. “Solamente quería bailar”, musitó.

Desde aquella intervención providencial, Priscila demostraba una gratitud devota, gracias por salvarme pero te quedaste sin circo, reconoce la opitulación que le ahorró una muerte previsible, pero el agradecimiento abarca también la paciencia con la escuchó sus desalientos, y la manera de infundirle ánimos para que siguiera empujando una humanidad atascada entre las grasas del desencanto.

Incluso cuando estuvo casada y era madre de tres niños, mantuvo la costumbre de visitar la hacienda de su redentora,

llevándole algún detalle y una efusión de besos ligeramente ensalivados. La dueña terminó los antecedentes del retrato buscando la mirada de Blesila y remató: “Representa la voluntad inquebrantable”.

Nota Legal

© **Javier Padilla, 2021** javier@estrella.ws (34)661600273

ISBN-13: [pendiente]

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o cualesquier otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.